

TRANSMISION DE LA CONCIENCIA HISTORICA*

MEMORIA Y CONCIENCIA HISTÓRICA¹

Eugenia Meyer

LAS RAZONES

Por simple o complejo que pueda parecer, tanto la memoria como la conciencia histórica determinan el trabajo y el compromiso de historiadores y archivistas. Coinciden en que la materia prima con la que unos y otros trabajan es producto de una actividad humana, es una expresión de la cultura oral, escrita, iconográfica o, en fin, de tantas formas como hay de comunicación. Todo ello va tejiendo un lazo indisoluble e imprescindible entre archivistas e historiadores, cuando llevan a cabo la tarea esencial de comprender al hombre y contribuir en lo posible al cambio.

Las ideologías y los sectarismos pueden, en condiciones singulares, variar y tergiversar las fuentes, restar importancia a algunas de ellas o desviar la atención de otras, pero, sin duda, si dichas fuentes existen, si están ahí, es precisamente para que nosotros las conservemos, salvaguardemos, descubramos, analicemos e interpretemos.

No podemos siquiera imaginar desacuerdo entre quienes reúnen, restauran, ordenan, organizan, catalogan y ponen a disposición de la consulta ese mundo esencial de la heurística –los archivistas-, por un lado, y, por otro, quienes intentamos llevar a buen término la tarea hermenéutica –los historiadores.

Todos los pueblos tenemos la necesidad de identificarnos, de conservar y nutrir nuestro sentido de identidad y pertenencia. Ello explica quizás el porqué de la memoria y sus diversas formas de expresarse materialmente. Ello también da sustento al trabajo científico de entender y entendernos.

Si en efecto, como advertía Jacques Le Goff, la historia es siempre contemporánea, si está siempre en construcción, como tiempo atrás repetía Benedetto Croce –quien además la definía como hazaña de la libertad-, corresponde insistir en

* En: *Historia Antropología y Fuentes orales*. N° 24 Recordar el olvido. Barcelona. Año 2000 (2ª Época). Pp. 77-94.

¹ Conferencia dictada en *Arxius i Fonts Orals.. Definició, Tractament, Projectes*, jornada Conmemorativa del 75 Aniversario del Archivo Histórico de la Ciudad. Barcelona, 10 de diciembre de 1999.

que toda historia auténtica, comprometida, debe entenderse como una historia nueva desprovista de ambición totalizadora, pues de lo contrario sería una historia envejecida de antemano.

Las fuentes necesariamente van haciéndose viejas, en tanto que la historia se reconstruye, se reinterpreta y se rescribe en forma permanente. Para hacerlo, por obvio que parezca, resulta esencial reconocer la trascendencia de conservar las huellas de las varias culturas y civilizaciones, escudriñar incesantemente en el pasado, replanteamos las versiones ya formuladas y ya analizadas, mantenemos en actitud rebelde frente a los análisis deterministas que juzgan en una u otra forma el proceso histórico mismo y, sobre todo, aceptar que no hay historia final y, menos aún, terminada o historia mejorable.

Lo anterior nos lleva a concebir la tarea histórica como un proceso constantemente en marcha, de índole dinámica, como una búsqueda resultante de la insatisfacción ante los recursos con los que se cuenta; siempre, y con cierta codicia, al acecho de nuevas posibilidades, nuevos rumbos. En esa búsqueda inagotable se encuentran la esencia y las raíces de la aventura de la historia: ubicar, situar, hurgar, escoger e incluso inventar las fuentes con las que puedan luego realizarse el análisis y la interpretación histórica. A la investigación corresponde hacer suya la materia en todos sus detalles, analizar las diversas formas de desarrollo y descubrir sus lazos íntimos.

Crear, delinear, conformar o descubrir las fuentes son funciones propias del historiador, como lo es también la de invertir la relación pasado-presente. A fin de cuentas el hombre de su tiempo, debe mirar en tomo suyo, conocer “por dentro” la historia presente, partir de ella para tomar hacia el pasado y, en última instancia, encontrar o producir los elementos que constituyan sus fuentes y le permitan lanzarse a construir una historia. Con tal fin tendría que conjugar operaciones intelectuales de ordenación y evaluación y, así, cumplirá con su oficio, que lo convierte en el conducto o el intermediario entre la gente y su legado histórico.

Parece necesario pensar ahora en las vueltas, en los regresos, en el sentido de la historia: el retomo a la narrativa, el retomo al acontecimiento, el retomo a la biografía y el retomo a la política, que parecen desarrollarse en dos direcciones opuestas. Para algunos historiadores –en lo que constituye a la vez una renovación v un enriquecimiento-, el problema de la narrativa concierne a la naturaleza de la escritura

histórica más que a la concepción de la historia misma. Por ello se acercan a los hechos, biografías y procesos políticos con una serie de marcos conceptuales radicales, sin desconocer la contribución aportada por los nuevos métodos de investigación histórica.

Los acontecimientos se sitúan en la punta del iceberg. La biografía no se opone a los individuos ni a la sociedad, pero los trata de manera similarmente iluminada, y lo político no se refiere al viejo concepto de la historia política, sino a la nueva problemática del poder. Debe reconocerse, sin embargo, que los modos triviales y reaccionarios de la historia-narrativa, de la historia de los acontecimientos, de las biografías y de la historia política continúan intentando reconquistar los escenarios académicos y de divulgación.

Por eso mismo, los combates por la historia continúan. Quizás por esa causa, los historiadores recurrimos a la lámpara de Diógenes en busca de nuevos procedimientos útiles para descubrir las huellas del pasado y construir con ellas historias de mentalidades y de valores, historias del imaginario colectivo o incluso de la imaginación.

Así surgen formas múltiples de concebir el mundo, de aproximarnos a las varias historias, que no necesariamente se decantan en forma de historias generales, narrativas de carácter épico o largos relatos de procesos ajenos e incomprensibles, sino, por el contrario, en acercamientos a los hombres comunes, a los de carne y hueso, a los próximos, a los que, por su vecindad, resulta posible palpar. De ese modo recuperamos sus cotidianidades y sus trascendencias, y, por encima de todo, ellos recobran su sitio como protagonistas de la historia.

Al parecer, hemos llegado al punto decisivo que nos obliga a definir los campos de acción en que pretendemos trabajar. Estamos empeñados en plantearnos nuevas formas de desarrollar y conformar la historiografía del siglo XX. Para ello habrá que reconsiderar las relaciones entre la historia tal como ocurre, la historia tal como los historiadores la escribimos y la memoria de hombres, mujeres, pueblos y naciones, que desempeñará un papel determinante en el nacimiento de una nueva historiografía para el siglo venidero.

Asumimos, pues, que la disciplina de la historia ha reconocido los cambios, los supuestos y, también, a los apóstatas de teorías historiográficas. Por eso debemos

continuar en busca de la objetividad, tratar de mantenernos anclados en la creencia de las verdades históricas.

La memoria es sin duda la materia prima de la historia. Sea ésta mental, oral o escrita, es la fuente viva de donde los historiadores partimos. Quizá Porque su actividad es por lo general inconsciente, se halla más peligrosamente expuesta a la manipulación de los tiempos y las sociedades que a la propia disciplina de la historia.

Más aún: la disciplina de la historia alimenta la memoria, la alienta y así se introduce en el proceso dialéctico de recordar y olvidar experiencias vividas por individuos y sociedades. Y es ahí, precisamente, en donde deben encontrarse siempre los historiadores, para rendir cuentas de esas memorias y de esos olvidos, con objeto de transformarlos en algo tangible, que pueda conceptualizarse y conocerse. De lo que se trata es de descubrir un justo término medio, para impedir que se privilegie la memoria en exceso y nos hundamos en el indomable flujo del tiempo.

El historiador visualiza el pasado y el presente como dos polos de acción, puesto que la actividad de la memoria y la historia se sustentan en esta diferencia, que se representa como conocimiento colectivo. Esa oposición pasado-presente, esencial en nuestro trabajo, marca un proceso continuo de oscilación entre uno y otro extremo. El historiador, por tanto, define y establece las reglas que gobernarán ese movimiento pendular; él marcará las condiciones de regresión o de evolución y fijará el camino de la historia entendida como proceso siempre contemporáneo.

De lo que se trata, por encima de todo, es de liberar el pasado, de tal suerte que no se le siga concibiendo hegelianamente como el “peso de la historia”.

Los historiadores nos planteamos, en consecuencia, la necesidad de buscar la objetividad y la imparcialidad, entendidas como partes de la utopía. Desde el momento mismo en que nos proponemos estudiar un proceso, una cultura, una sociedad o un individuo, hemos determinado ya nuestro campo de acción, donde tiempo y espacio se hallan delimitados por nuestro propio interés. Tal proceso subjetivo supone, de suyo, el imperativo de perseguir los medios, obtener los instrumentos y, en caso necesario, inventar los recursos y las fuentes con las que resulte adecuado y útil trabajar.

La materia prima de la historia es el tiempo; por ello, las cronologías han desempeñado un papel esencial en la construcción de la historia. Los calendarios

múltiples, a fin de cuentas producto y expresión de la historia, se ligan íntimamente a cuestiones mitológicas y religiosas, a la observación del paso del tiempo y de los cambios en la naturaleza que van determinando la vida de las sociedades. El tiempo viene a expresar la transformación cíclica de los procesos civilizatorios, lo cual induce a pensar que el tiempo histórico es un redescubrimiento permanente, más elaborado que el tiempo viejo de la memoria. Por ello amplía la historia y la provee de mayores recursos para cumplir con los desafíos que su tarea le impone.

LOS RETOS

Nos vemos, pues, en la necesidad de *pensar* las fuentes, construirlas, deconstruirlas o crearlas. Así, lo que durante tanto tiempo pareció obvio, e incluso marginal, o bien ignorado o descartado, se mira desde una nueva perspectiva. Si los documentos existen, se facilita la tarea; el combate permanente entre ideologías y poder no ha llegado a destruir el legado pretérito. Ahí estaremos, espero, archivistas e historiadores para conquistar esas verdades múltiples.

De igual forma habrá que escudriñar hondo, hasta dar con las señas de un pasado que se resiste a morir. Estamos seguros de que todo proceso histórico deja huellas. Tal vez en ocasiones pasen inadvertidas para el común de los mortales, pero ahí están, a la espera de que nosotros lleguemos. Y es justo en ese momento cuando empieza la mejor parte de la alianza y la complicidad entre aquellos profesionales que hemos mencionado: buscar, encontrar, crear, reconstruir e inventar las fuentes.

Desde el planteamiento de una historia tradicional, que pretende regresar a la narrativa, los acontecimientos, las cronologías, la política o la biografía, hasta el de otra fragmentada –o historia en *migajas*–, encontramos que hay una verdad simple y recurrente. La historia necesita cambios y no reacciones. Para lograr las transformaciones requeridas y resistir las regresiones, a los historiadores se nos imponen la lucidez, la disposición vigilante y el coraje.

Quizá por ello, como advierten los historiadores franceses de los *Annales*, las vanguardias de la historia siguen luchando, pese a haber logrado un buen número de consensos. La batalla permanente es la de las ideas para hacer la historia mejor.

Una forma de evitar ideologizaciones y propiciar soluciones podría consistir en plantear algunos interrogantes para redefinir el concepto de historia: ¿cuál es la relación entre la “historia vivida” –la historia natural aunque no objetiva de la humanidad- y el esfuerzo científico por describirla, pensarla y explicarla? O sea: ¿cuál es la relación entre la historia misma y la ciencia de la historia? ¿Qué diferencia hay entre el sentido de la historia y la materia misma de la filosofía de la historia? ¿Y qué relaciones mantiene la historia con el tiempo y los fenómenos de larga duración?

El bagaje histórico nos muestra las formas diversas en que los hombres han pretendido datar el pasado: calendarios, periodos, ciclos, etc., los cuales, a fin de cuentas, tienen como objetivo central fortalecer la relación entre memoria e historia.

No se trata de estudiar el pasado para resolver el futuro. La historia no traba vínculo alguno con la futurología ni puede tener una proyección utilitaria o pragmática. De hecho, cuando busca respuestas para mirar hacia el futuro, pierde su cientificidad. Ello explica, probablemente, por qué la historia se entiende hoy día como el estudio científico de la humanidad.

Así, la distancia entre la realidad histórica y la ciencia histórica ha permitido a los filósofos y a los historiadores de todos los tiempos proponer sistemas globales que expliquen la historia. Cada vez nos alejamos más de las elucidaciones a la manera de Ranke o de Langlois y Seignobos. Por el contrario, vemos la historia como problema y tratamos de encontrar el camino que media entre ideología y pragmatismo.

El trabajo histórico se ha enriquecido: distante de la pura narrativa, aspira a tornarse en una historia integral, comparativa, una historia que entienda procesos globales, al igual que fracciones de la actividad humana. O sea que en el actual horizonte se perfila la historia como práctica social que deja de lado la idea ciertamente quimérica de totalidad. Es decir, que nos convertimos en protagonistas de nuestro tiempo y en historiadores del presente.

Se trata de conquistar una historia de realidades, una historia de representaciones, de ideologías, en fin, una historia que nos brinde la oportunidad de tratar la obra literaria, la creación artística o el testimonio de la vida cotidiana como documentos históricos, con la condición de respetar sus especificidades: una historia de modos de conducta, prácticas y rituales, referente a lo escondido, a la realidad

subyacente e, incluso, a la evolución de lo simbólico, que por lógica nos conduzca a una historia “psicoanalítica”, cuyas credenciales científicas aún no se han establecido.²

Todo lo anterior nos hace pensar en una nueva historia, o al menos una historia con espacios mucho mayores. Por ello los recursos con que trabajaremos también deben ampliarse e inscribirse en una perspectiva mucho mayor: el historiador ha de procurarse también nuevos horizontes para la escritura de la historia.

Se persiguen nuevas alternativas frente a la historia tradicional, acercando los límites de la historia a los de la vida de las personas, con el fin de que la historia se *humanice* y, por ende, resulte más próxima y comprensible. Se trata de extender el sustento de la historia, ampliar su ámbito de estudio, aprovechar nuevas materias primas y ofrecer nuevos mapas de conocimientos.

Parece entonces necesario insistir en la urgencia de fortalecer el acopio, la salvaguarda y la conservación de las otras fuentes, las que constituyen los archivos de la memoria, las que no se han empleado tradicionalmente: “papeles de familia”, historia oral, imágenes fijas y en movimiento, etcétera.

LOS RECUERDOS

En todos los ámbitos particulares y sociales de la vida doméstica, se van integrando archivos que, sin importar su dimensión y contenido, constituyen parte de la memoria familiar, transmitida de generación en generación y, en cada caso, acotada por lógicas pérdidas, depuraciones o censuras que acarrear los prejuicios y perjuicios de los integrantes del correspondiente núcleo familiar.

En viejos baúles, en cajones que apenas se abren, en álbumes que el tiempo ha vuelto amarillentos, podemos encontrar las huellas de un proceso particular que en nada se parece al de otras familias. Estos *corpus* documentales han resurgido, como ave fénix, para obligarnos a los archivistas e historiadores a reconsiderar su contenido y su importancia. En muchos casos, parecieran tan sólo *cosas viejas*, abandonadas por el tiempo y los sentimientos. En otros, representan el tesoro único, el asidero de muchas familias. Ahí figuran pruebas que certifican el proceder de sus miembros, registro de los sufrimientos que padecieron y testimonio de las luchas que libraron por

² Cf. Jacques Le Gooff, L. *History and Memory*, Nueva York, Columbia University Press, 1992.

trascender, así como también datos sobre diversas formas de vida y consideraciones éticas y morales que hoy día nutren a las nuevas formas de concebir la historia.

Estos papeles de familia, que nunca soñaron con dejar su ámbito original, son ahora reconocidos en su exacta dimensión y por ende requieren un tratamiento muy especial. No se trata de contabilizarlos por metros lineales o por peso. Tampoco es cuestión de clasificarlos por ramos, secciones, periodos o dependencias. No pertenecen al orden público, sino al privado. No dan fe de gobiernos ni propugnan decisión política alguna. En cambio, si se miran bien, revelan con pormenores el modo en que los hechos externos influyen en el ámbito íntimo, en el que las familias van construyendo cotos que les permiten protegerse, transitar por determinadas circunstancias y procesos y sobrevivir a ello.

Antes se procesaban archivísticamente sólo los acervos personales de hombres y mujeres notables, cuyos herederos, al morir aquéllos, vendían, donaban o entregaban en custodia o comodato esas masas documentales, por lo general ya expurgadas de acuerdo con intereses muy variables. Ahora de lo que se trata es de justipreciar y revalorar esos papeles mantenidos en el olvido, que todos guardarnos con mayor o menor descuido. El objetivo es conferirles el carácter de fuentes fundamentales aprovechables para la construcción del trabajo histórico. Con ese fin, los archivistas han de aportar una paciente y constante tarea de reconocimiento y de respeto en cuanto a las otredades. Su perseverancia infinita, su culto al detalle y su visión de futuro resultarán indispensables con objeto de preparar y preservar esa documentación para consultas venideras. Y, sobre todo, su responsabilidad y su capacidad impedirán que el valor de esos papeles de familia se desdeñe y puedan llegar a ser destruidos.

LAS IMÁGENES

La memoria cotidiana, colectiva, familiar e individual, también comprende imágenes fijas y en movimiento. En cuanto a las primeras, las fotografías, parece que la contemporaneidad ha permitido un reencuentro con esta valiosa fuente, que se admite de manera particular.

Decía tiempo atrás Roland Barthes que imaginariamente, la Fotografía (aquella que está en mi *intención*) representa ese momento tan sutil en que, a decir verdad, no

soy ni sujeto ni objeto, sino más bien un sujeto que se siente devenir objeto: vivo entonces una micro-experiencia de la muerte (del paréntesis): me convierto verdaderamente en espectro. El Fotógrafo lo sabe perfectamente, y él mismo tiene miedo (aunque sólo sea por razones comerciales) de esta muerte en la cual su gesto va a embalsamarme [...] Diríase que, aterrado, el Fotógrafo debe luchar tremendamente para que la fotografía no sea la Muerte.³

En buena medida, la fotografía, y más adelante el cine, llenaron un vacío en la comprensión del acontecer y dieron satisfacción a un gusto popular, ya que el pueblo, aunque analfabeto en su mayoría, podía entender indiscriminadamente las imágenes fijas o en movimiento e identificarse con ellas, y así se superaban sectarismos educativos y culturales, pues, tal como lo expresa la sabiduría popular, una fotografía habla más que cien palabras.

Desde el siglo XIX, la fotografía conformó un ámbito iconográfico mucho más amplio y menos elitista que la pintura. Aunque fuese una sola vez en su vida, la gente, del campo y de las ciudades, acudían al estudio del fotógrafo para la boda, el nacimiento, la primera comunión, los aniversarios, o simplemente para guardar testimonio orgulloso de que la familia se multiplicaba generacionalmente. Incluso hasta en ocasión de la muerte, todos ambicionaban un retrato que conservara la memoria y el recuerdo, si bien a menudo el fondo de esas imágenes lo constituían escenarios que, fruto de las ideas más descabelladas de los fotógrafos, resultaban descontextualizados y ajenos a lo que acontecía en la calle. Luego, con las fotos-credenciales de “ovalito” o “tamaño infantil”, la posibilidad de contar con retrato, antaño atributo de las clases privilegiadas, se popularizó hasta el punto en que todos, o casi todos, disfrutaron de la posesión de un testimonio gráfico de sí mismos.⁴

³ ROLAND BARTHEs, *La cámara lúcida*. Nota sobre la fotografía, Barcelona, Gustavo Guilli (Fotografía), 1980, ps. 46-47.

⁴ “El retrato fotográfico corresponde a una fase particular de la evolución social: el ascenso de amplias capas de la sociedad hacia un mayor significado político y social. Los precursores del retrato fotográfico surgieron en estrecha relación con esa evolución [...] El ascenso de esas capas sociales ha provocado la necesidad de producirlo todo en grandes cantidades, y particularmente el retrato. Pues ‘mandarse a hacer el retrato’ era uno de esos actos simbólicos mediante los cuales los individuos de la clase social ascendiente manifestaban su ascenso, tanto de cara a sí mismos como ante los demás, y se situaban entre aquellos que gozaban de la consideración social. Esa evolución transformaba al mismo tiempo la producción artesanal del retrato en una forma cada vez más mecanizada de la reproducción de los rasgos humanos. El retrato fotográfico es el grado final de esa evolución”. Gisele Freund, *La fotografía como documento social*, Barcelona, Gustavo Gilli, (Fotografía), 1986, p. 13.

Casi al mismo tiempo, al surgir las cámaras portátiles y las fotografías instantáneas, el fotógrafo se atrevió a salir de su entorno para recorrer avenidas, barrios y sitios de convivencia, o a acudir a las casas de las familias pudientes, cargando su equipo para fotografiar a la gente en su propio medio, incluidos los políticos y los artistas. Al aventurarse en el “mundo real” empezó a captar lo cotidiano, tanto como lo extraordinario o trascendente. Parte de la memoria familiar de todos nosotros comprende imágenes de los fotógrafos ambulantes o trashumantes que colocaban a sus clientes montados en un burro de cartón o en medio de una tramoya. Había surgido un nuevo fotógrafo, observante y activo protagonista del acontecer diario; de cierta manera, un agente de la historia, que enriquecería el análisis y sería de ayuda a la interpretación histórica.

Los fotógrafos, por ende, se convierten en cómplices de una manera de historiar; detienen, plasman y transmiten su personal forma de ver la vida. Traen consigo, sin duda, cargas culturales. Por tanto, no hay fotografías ni fotógrafos inocentes. como tampoco imágenes involuntarias; en ellas persiste una intención del autor, manifiesta desde que él encuadra y enfoca la lente hasta que revela lo que admira y al mismo tiempo, margina, oculta o elimina lo que no es de su interés o le desagrada. Viene luego la labor individual, personal y puntual en el cuarto oscuro, donde el fotógrafo podrá manipular y retocar imágenes a su buen ver y entender. Y a nosotros nos queda la incógnita de concebir o no a los fotógrafos como testigos “fieles” sin olvidar que, finalmente, son también protagonistas de su tiempo. Podemos ver su mundo a través de sus ojos, su mente, su sensibilidad.

La fotografía representa y capta una escena real, pero siempre fraccionada a partir de su congelación. Es el fotógrafo quien decide cuándo y cómo desea conservar y comunicar su imagen; quien –en la tranquilidad y con la complicidad del cuarto oscuro- amplía, corta o fragmenta la escena y las imágenes; quien, como por arte de magia, con un poco más de tiempo o menos emulsiones, acentúa o atenúa ciertos aspectos de las imágenes.

De entrada surgen interrogantes: ¿por qué se fotografiaron y se siguen fotografiando mujeres y hombres, jóvenes y niños de diferentes niveles socioeconómicos, en diferentes etapas y circunstancias? ¿En qué condiciones se establece el contrato entre el fotógrafo y el *cliente* fotografiado? ¿Cuándo cesa el

fotógrafo de ser agente comercial para convertirse en artista, dejando atrás su quehacer técnico o artesanal?⁵

Ciertamente toda fotografía reproduce parte de la realidad y la recicla, como procedimiento clave de la sociedad moderna. A las imágenes fotográficas se les dan nuevos usos, se les asignan nuevos significados que van más allá de las distinciones entre lo bello y lo feo, lo verdadero y lo falso, lo útil y lo inútil, lo que es de buen y de mal gusto. Y así encontramos que, además de su esencia testimonial, la fotografía puede adquirir la categoría de arte,⁶ cuando el fotógrafo, el creador, produce un *corpus* que constituirá su obra de artista.

De hecho, la fotografía reconoce a tres protagonistas: el autor, el actor y el productor, es decir el fotógrafo, el fotografiado y el transmisor –rescatador o conservador de las láminas, daguerrotipos, albúminas y páginas de plata sobre gelatina- de imágenes que ahora leemos como fuentes históricas. Sin duda, la fotografía lleva consigo algo de la nostalgia del ayer y de la melancolía por lo que debió ser y no fue o lo que imaginábamos que sería. Una y otra activan los recuerdos y se produce un efecto singular en la memoria. Pero, al observar las imágenes fotográficas, ¿vemos realmente las cosas como son? ¿O el *operador fotográfico* nos presenta sorpresas, entendidas como desafío al captar lo extraño, lo que inmoviliza, detiene y congela? Sea como fuere, finalmente las fotografías caracterizan, describen y descifran una sociedad. Cada espectador mirará la foto de manera distinta y así empezará a tejer la trama de una historia particular con esa evidencia singular.

Para tener acceso a la lectura histórica de la fotografía, debemos recorrer la triple vía de una producción plural, a la que corresponden muy distintas visiones, funciones y usos dentro del imaginario colectivo, a saber: las fotos entendidas como testimonios de un momento o circunstancia, que cumplen la tarea de conservar la memoria, y a las que habrán de sumarse gráficas creadas por el fotoperiodismo; luego, las que se traducen como praxis artística, y, en última instancia, el mundo fotográfico aportado y difundido por extranjeros o inmigrantes, admirados, fascinados o seducidos por el espacio geográfico capturado en sus imágenes.

⁵ Véase al respecto una aproximación inicial a estos planteamientos a raíz de la exposición sobre la historia de la fotografía en México, siglos XIX y XX, en Eugenia Meyer (Coord.), *Imagen histórica de la fotografía en México*, México, INAH-Fonapas, 1978, p. 11.

⁶ Cf. Susan Sontag, *Sobre la fotografía*, Buenos Aires, Edhasa, 1981.15. Bernard Poulet. “A gauche de la gauche”. *Le débat* n° 103, jan-fev 1999, p. 41.

Un análisis similar podría plantearse, con las proporciones guardadas, respecto al cine. Éste representa un fenómeno técnico y artístico peculiar del siglo XX, caracterizado por un dinamismo, que incluye cambios, crisis y problemas cotidianos propios. De cierta manera, refleja una realidad social y, como a él tienen acceso las grandes mayorías, se constituye en uno de los principales medios de comunicación. Los filmes son también instrumento de politización, educación y entretenimiento en momentos libres, y, por qué no, una fuente de evasión que, con un tanto de fantasía y otro de ingenuidad, permite a no poca gente ver reflejadas en la pantalla sus ilusiones, unas veces inconscientes y otras simplemente inconfesadas. Igualmente son, quizás, un espejo que estimula la imitación de modos de ser y de vivir.

En apariencia, el actor, el director, el productor, el fotógrafo, el técnico, el argumentista y el editor que trabajan en el singular ambiente cinematográfico han hallado una serie de motivaciones personales que han definido su vida y su labor – creadora o mecánica- y cada uno, como agente del proceso cinematográfico, tiene una historia personal que contar.

En un buen número de casos los testimonios cinematográficos permiten al historiador penetrar en mundos diversos. Sin importar que se trate de filmes documentales o de ficción, en todos los casos y circunstancias la observación cuidadosa de ellos proporciona información valiosísima sobre usos y costumbres, códigos de conducta y de censura, valores morales y éticos, intereses de clase reflejados en pantalla y formas de tergiversación ideológica, en particular en el caso de los documentales oficiales e incluso de las historias contadas cinematográficamente en una época determinada.

He ahí el panorama que se le ofrece, de pronto, al historiador. No se trata, pues, del camino tradicional surcado por los datos fríamente obtenidos de un documento o una estadística ni tampoco por las fuentes escritas que permanecen abandonadas en las gavetas de los archivos a la espera de ser *descubiertas*.

Cabe hacer referencia a lo que podríamos definir como usos *cinemáticos* del pasado: nos referimos a una memoria visual y a una memoria oral. La información visual del hecho representado en una imagen en movimiento no se pone en duda. Pero ese conocimiento con contenido específico del pasado debe ser usado con cautela. Esto podría parecer una perogrullada porque sucede lo mismo con cualquier tipo de fuente. En el caso de las imágenes, el investigador debe analizar el asunto

representado, sus contenidos y los aspectos más significativos, pero también ha de conjeturar sobre lo que quedó fuera. Por más objetiva que sea la representación contenida en las imágenes, su lectura sólo en parte será objetiva y nunca podrá librarse de la carga subjetiva. La elasticidad de la interpretación y la manipulación de informaciones, tema fascinante de la semiología y la semántica, no es ajena a las fuentes recientemente conquistadas. En todo caso, se pretende acometer el desafío de realizar lecturas históricas de ellas.

Las fuentes cinematográficas, tan características de nuestra centuria, han venido a extender y complicar la tarea de la investigación y hoy día, debido a las nuevas tecnologías, la situación adquiere dimensiones insospechadas. Por ejemplo, la proliferación del vídeo, el acceso de mucha más gente a la televisión y la ubicuidad de la comunicación de masas permiten en apenas unos minutos establecer vínculos con los lugares más lejanos o distantes. Así, verbigracia, hace apenas unos años, todos fuimos testigos, y casi protagonistas, del bombardeo a Irak, de la "Tormenta en el desierto". O bien, en pantalla doméstica, en horarios múltiples, observamos a un Fuyimori entrar triunfante, como César, el emperador romano, a la embajada japonesa en el Perú, arengar a sus tropas y manifestar un júbilo inusitado después de que aquéllas hubiesen asesinado a los secuestradores de dicha representación. Más recientemente, hemos visto la desintegración de los Balcanes, la sorda y cruenta lucha de lo que alguna vez fue Yugoslavia. Hemos estado ahí, casi sintiendo la desolación de los turcos, los griegos o los chinos frente a las inclemencias de la naturaleza.

Todo ello marca una diferencia significativa. El historiador se ve obligado a asumir esa compleja posición de testigo y crítico de su tiempo. *In situ*, tiene que empezar a levantar información y observar. No trabaja aquí con el material que consulta en el archivo o en la biblioteca, sino con el que le proporcionan los avances de la tecnología y de la cibernética.

Y, así como se pluralizan las posibilidades, también se corre cada vez más peligro de que los restos materiales y, más aún, la memoria, se destruyan. Los computadores han significado el más trascendente avance de nuestra generación. Difícilmente me imagino vivir sin un portátil y otro fijo en mi escritorio. Las bases de datos se tornan esenciales. La digitalización de los materiales facilita, en parte, y sólo en parte, el trabajo de archivo. Pero ¿cómo impedir que se pierdan esos rastros históricos? ¿Cómo lograr que los archivos sigan salvaguardando nuestra memoria histórica, sin encarar el desafío tecnológico? ¿Cómo evitar que enormes cantidades de

información se pierdan por el simple hecho de pulsar una tecla o, más importante aún, cómo proceder para que esos enormes cúmulos de sabiduría y de cultura se conserven?

Es cierto que, para humanizar su tarea, el historiador debe romper el estatismo informativo, mientras intenta comprender mejor la sociedad que analiza. Al toparse con esta suerte de fino mecanismo, como son el cine, el vídeo e internet, se percata de que no es tan sólo el material proyectado sobre una pantalla –y que pretende imitar la vida diaria presente y pasada-, sino el producto de una serie muy compleja de motivaciones, conscientes unas e inconscientes otras, que componen -¿o descomponen?- el sistema cultural de nuestros días.

Se requiere, sin duda, un examen crítico de las fuentes que nos oriente sobre su validez y veracidad. Como dijera Bauer, existe, naturalmente, para cada clase de fuente, una posibilidad especial de falsificación, y conocerlas es la tarea del crítico de las fuentes.⁷ Porque, sin duda, todo puede ser falso, impuesto, montado, artificial. Las fuentes basadas en el lenguaje de las imágenes se distinguen fundamentalmente de las demás por su contenido y porque para identificar sus limitaciones se requiere de un empeño específico de la crítica histórica.

Las imágenes fijas y en movimiento son apenas un conjunto de informaciones visuales que tienen un contenido y brindan información sobre algún asunto. En todos los casos, esta forma heurística desarrolla una historia, la cuenta, la matiza, la perfila cuidadosamente para transmitir aquello que el autor desea comunicar. En ese sentido, la dialéctica entre el mundo de ese autor y la realidad es innegable y determinante para el análisis científico.

LA PALABRA

Hace ya tiempo se empezó a hacer evidente en el ámbito histórico la estrecha relación entre la literatura y la realidad. Y si todo ello se sustenta en el arte de la palabra escrita, es indudable asimismo la influencia de la oralidad *per se*. Por ello, nos hemos visto abocados a rescatar tanto la tradición oral como los testimonios voluntariamente expresados y convertidos en entrevistas de historia oral.

Muchos de nuestros pueblos han expresado sus historias a partir de la recreación de la realidad, preñada de fraseología local, leyendas, relatos y expresiones diversas que dan cuenta de la individualidad y el pluralismo creativos de nuestras múltiples y muy diversas culturas.

Así, la literatura se convierte en una herramienta determinante del trabajo histórico.⁸ Reconociendo lo relativo y lo subjetivo de todos los instrumentos heurísticos, habría que aceptar que las obras literarias se caracterizan por ofrecer un importante espejo donde es posible observar, vislumbrar o contradecir espacios, tiempos, personajes o personas. Se integran en ellos la inventiva y el pensamiento de los productores de diversos géneros literarios como el ensayo, la novela, el cuento y la poesía. En todos subyace un discurso parcial y consciente de la ideología del autor, quien ha abrevado en el espacio próximo con el cual se identifica, como razón de ser, por un elemental sentido de pertenencia.

El imaginario individual o colectivo permite escudriñar y ahondar en un significativo patrimonio cultural común que conforman tanto memoria como conciencia histórica. Hay que recurrir a la historia, a la antropología y a la etnología para encontrar los caminos por donde se recobre la oralidad, entendida como elemento sustantivo de la recuperación de la memoria histórica, y aceptar, en consecuencia, el íntimo vínculo entre la narración oral y la *otra historia*. Esto es, historia de lo cotidiano, del diario bregar, de lo no trascendente, con lo cual se recorren caminos diversos, sean individuales o colectivo-sociales.

Este propósito va de la mano con el de resaltar la larga duración frente a la historia elitista de los acontecimientos como referentes únicos de los procesos. De lo que se trata, entonces, es de observar y analizar formas de pensar y actuar, dejando de lado la retórica impuesta y oficialista, con lo cual la lectura de los diversos discursos orales o escritos adquiere dimensiones profundamente humanas, más comprensibles y sobre todo más próximas a nosotros.

Parece en consecuencia que los silencios se toman expresiones directas, que los sin historia conquistan en definitiva sus espacios y que la historia logra al fin sacudirse los hechos monumentales, los acontecimientos despersonalizados, las grandes acciones de grandes hombres y, por ende, de grandes desencuentros. Si bien

⁷ Cf. Wilhelm Bauer, *Introducción al estudio de la Historia*, Barcelona, Bosch, 1970.

⁸ Véase Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Buenos Aires, Paidós, 1992.

no se pretende eliminar la narrativa de los grandes sucesos, sí se busca recuperar todo lo que contribuya a forjar reflexiones sólidas en las funciones exploratoria, analítica y expresiva.

La historia contemporánea posee la particularidad de que en su formulación pueden concurrir testigos de los hechos estudiados. Ello obliga al historiador a vigilar y a mantenerse alerta. De hecho, cada texto, cada ensayo y cada publicación suyos se someten a la crítica habitual de la comunidad científica a la que pertenece, pero además los protagonistas aún vivos del periodo historiado pueden en todo momento discutir sus interpretaciones y afirmar, con la ventaja que representa su intervención directa en los hechos, que la verdad es otra. Hay por lo tanto una doble exigencia: historiar ha de ser, en efecto, proponer un pasado cuya realidad material y mental es imposible reconstruir en su totalidad, una inteligibilidad que ordena un conjunto de acontecimientos para que adquieran sentido. Pero también, [...] decir lo *verdadero*, siendo consciente que es solamente posible acercarse a la veracidad (*una* de las verdades); ante todo –pero no únicamente- la parte discursiva y racional del pasado.⁹

En consecuencia, la palabra-fuente obliga al historiador a reconocer otras perspectivas y otras responsabilidades. Lo importante de todo ello es saber elegir el límite participativo en el que se desea situarse y precisar las razones, las limitaciones, la naturaleza y las consecuencias de su elección. Surge entonces la necesidad imprescindible de emprender un denodado esfuerzo en favor de la *otra* historia, que, en el caso de muchos países, se apoya en instrumentos de trabajo más adecuados a la idiosincrasia, las especificidades y los quehaceres nacionales. De cierta forma se han ido recuperando los hilos sueltos del apretado tejido iniciado por los informantes que legaron su sabiduría a generaciones futuras y vindicaron así la oralidad de nuestros pueblos desde sus orígenes. Se recupera la información de campesinos y obreros, de mujeres y hombres comunes. Se busca rescatar un sinfín de conexiones dentro de las “estructuras económicas” y de las “infraestructuras ideológicas y jurídico-políticas” con que tal vez se podrá elaborar una interpretación diferente de los procesos particulares de cada nación durante este siglo.

De la tradición oral y de ese empeño por no contaminar una visión y versión de la historia se nutren metodológicamente el rescate testimonial y la construcción de

⁹ Cf. DANIELE VÓLDMAN, “La importancia del verbo. Homenaje a François Bédarida, 14 de mayo de 1992”, en *Historia y Fuente Oral*. Andalucía. Invención y realidad, vol. 8, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1992, p. 80.

historias de vida con las que se multiplican las posibilidades de las expresiones y los análisis históricos.

Narrar se traduce en necesidad inherente e inmanente a la humanidad. Narramos, comunicamos, conservamos, inventamos, diversificamos, modificamos, enriquecemos el saber, descargamos para finalmente construir la historia.

La literatura oral se puede concebir como creación colectiva en el sentido de que, independientemente de su autor, los receptores decodifican el mensaje escuchado y se apropian de él en el momento mismo en que lo reciben, de acuerdo con su forma personal y subjetiva de entender lo narrado.

Cuando el mensaje se imprime y, por tanto, se fija, se produce un fenómeno concreto: se cancela en forma efectiva la apropiación que de aquél llevaba a cabo el receptor en el curso de la transmisión oral y, de ese modo, se escamotea al consumidor la posibilidad de *recrear* lo aprendido al convertirse a su vez en transmisor de ello. Así, la creación literaria se troca en un proceso netamente individual, personal, y la originalidad se sitúa en un plano superior como obra literaria. En consecuencia, la creación anónima y colectiva propia de la transmisión oral resulta desvalorizada y marginada. De igual manera, la producción original, digamos “artesanal”, correspondiente a la vía oral, que imponía una relación permanente entre productor y consumidor, se va arrinconando hasta que se la concibe como obra del “vulgo” y se la condena a desaparecer.

La realidad actual viene a contradecir tal situación, ya que la literatura oral sigue siendo un fenómeno cultural vigente, propio de nuestras mayorías nacionales. Tampoco cayó en la categoría de subliteratura, cuya etapa primitiva le impedía su aceptación como *verdadera* literatura.

El carácter efímero de la literatura oral dificulta su estudio y por ende son escasas las recolecciones publicadas de relatos y poemas hablados, que tomen en cuenta el carácter de creaciones literarias y sus características peculiares. No sobra proponer aquí que la tarea de valorar y comprender esa modalidad literaria está pendiente y conviene realizarla cuanto antes.¹⁰

¹⁰ Cf. Beatriz Mariscal Hay, “Creación y tradición en la literatura oral de México”, en Rafael Olea Franco y James Valender (Eds.), *Reflexiones lingüísticas y literarias*, vol. II, literatura. México, El Colegio de México (Estudios de lingüística y literatura, XXVI), 1992, ps. 343-354.

La literatura oral recupera una herencia y se transforma en innovación porque pretende responder al deseo de transmitir el saber histórico de la comunidad, interpretar, juzgar y analizar la actualidad. Entre sus temas más recurrentes se cuentan relatos de carácter mítico que narran los orígenes, otros que modelan la conducta de los miembros de la comunidad y ciertas narraciones de aventuras donde sobresalen personajes directamente identificados con ella. En suma, se trata de relatos testimoniales relativos a prácticas y actividades cotidianas de la colectividad, es decir a la *historia popular*, la cual conservan.

En efecto, se ha tratado de ensanchar la base de la historia, extender su espacio de estudio, aprovechar nuevas materias primas en su elaboración y ofrecer nuevos mapas de conocimiento. Tal enfoque representa una alternativa ante la historia tradicional, que con insistencia se transmite mediante el discurso oficial, con una inevitable carga ideológica acorde con los intereses del grupo en el poder.

Pisamos ya terrenos donde se inserta el rescate de la tradición oral, de las historias de vida, de los testimonios y las oralidades múltiples, entendidas como el relato coherente y espontáneo de los protagonistas acerca de la cotidianidad individual y colectiva, en donde lo válido son los tiempos de la vida de cada individuo y las funciones de esos tiempos en la historia colectiva.

El binomio tradición oral-narrativa de vida abarca tantos campos como manifestaciones culturales existen, puesto que toda sociedad está condicionada por las experiencias colectivas. Así se hace referencia a la vida en común, a la educación, al arte, a la comunicación, a la cotidianidad, a las mentalidades y, más recientemente, a tono con la modernidad, a la ideología, a los géneros, etc. Se enfatizan las regularidades de la vida social, los rasgos generales y su cercana relación con la repetición de dichos actos, tal como se observa en un sistema social. Lo sorprendente es la frecuencia con que ocurren, sin que importe cuán preciso es el modo de observarlos y referirlos.¹¹ En ese sentido, cobra especial importancia la cuestión de las jerarquías y las igualdades, las semejanzas y las diferencias.

Rescatar, salvaguardar y conservar el testimonio directo y personal, a partir de las historias de vida; recuperar heurísticamente el bagaje heredado de la tradición oral,

¹¹ F. Barth, *Ethnic Group and Boundaries. The Social Organization of Cultural Difference*. Boston, Little Brown, 1969.

de los llamados *pueblos sin historia*, e integrarlo en las historias narradas de los hombres comunes, de los protagonistas anónimos. Intentar, en fin, a partir de palabras y silencios, emociones y suspiros, asomarnos –quizá como intrusos- a la otredad. Para mayor precisión, valga señalar que gran parte de la labor de la historia oral se centra en la capacidad de poner en marcha uno de los principales resortes de la mitología occidental: el recuerdo.

A menudo, las fuentes orales cumplen una función subordinada y auxiliar de la evidencia documental y, al igual que ella, deben sujetarse al juicio de la confiabilidad, de las representaciones y de las formas. Actualmente, cada vez con mayor frecuencia, los historiadores trabajan sobre significaciones –discursos ya acabados- ya ideologizadas, y sus actos colectivos son determinados por el mantenimiento del privilegio del historiador: que la forma de narración (*story*) es compatible con cualquier modo de comprensión, pero es trascendental al pensamiento crítico.¹²

En no pocas ocasiones, el pasado-histórico está lleno de falsas excelsitudes que no pueden desmitificarse sólo mediante el análisis exhaustivo de los procesos económicos y sociales, sino que precisan de otras voces, otras fuentes. A la versión del pasado, “conforme con los intereses del poder y, por lo tanto, mutilada, censurada, deformada, las masas oponen una imagen más sólida, una imagen conforme con sus aspiraciones y que refleja la riqueza real de su pasado”.¹³

De esa manera, cuando un informante reconstruye su pasado no hace otra cosa que revalorar las condiciones prístinas de un pretérito colectivo, en términos verdaderamente ilustrativos de la vivencia colectiva y personal. No escapa a nuestra vista que la actividad personal del entrevistado puede ser un obstáculo para las virtudes operativas del método y restar científicidad, pero el amplísimo espectro de valores que se ha obtenido nos permite afirmar que el material y los datos provechosos para la acción hermenéutica del historiador se enriquecen.

A ello se debe que el testimonio directo y voluntario se convierta en un elemento histórico de primerísimo orden. Ese conjunto de hombres y mujeres que legan su versión de la historia y de la vida trae consigo su propio equipaje: una sensibilidad del mundo, ideología, sentimientos de clase y experiencias que, subjetivas

¹² Cf. Sande Cohen, *Historical Culture. On the Recording of an Academical Discipline*, Berkeley, University of California Press, 1988.

¹³ Jean Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, México, Siglo XXI, 1983, p. 40.

y relativas como la vida misma, frente al conglomerado de la actividad histórica alentarán, sin duda, una percepción más amplia de las culturas contemporáneas.

Persiste el peligro de la ingenuidad del investigador o del romanticismo apasionado empeñado en defender causas, y también la certeza de que la objetividad es inalcanzable y la parcialidad inevitable. Pero, de no ser así, la historia no tendría sentido.

Experimentamos día a día, al enfrentamos a todo tipo de fuentes. Localizamos unas, descubrimos otras e, incluso, en muchas ocasiones, nos hemos visto obligados a crear algunas nuevas. No se olvide que en todas estas fuentes subyace la carga ideológica, la intención política, y es aquí precisamente donde se perfila la tarea irrenunciable de *deconstruir* las memorias individual y colectiva, con el fin de *construir* la historia. Los usos y abusos de la memoria, las formulaciones históricas a la manera de ideologías o falsas conciencias no pueden soslayarse. Sin embargo, si la preocupación del historiador es la de no servir de conducto a intereses políticos predeterminados y, por el contrario, recuperar del olvido las diversas voces, las diferentes expresiones, podremos reconocer las múltiples encrucijadas y opciones que esa *deconstrucción* de la memoria nos ofrece. Estamos, en efecto, ante un fenómeno catártico, sólo que ahora, “cuña del mismo palo”, son los espectadores de su propia existencia, sin más auxilio –quizá- que el poder secreto de la nostalgia, los que hablan. A causa de ello, su facultad crítica podría tener fisuras y claudicar ante una apariencia distorsionada o parcial.

No obstante, tanto lo que recuerdan cuanto lo que desean transmitir y hacer perdurable tiene su razón de ser. Cada quien se convierte así en sujeto de historia, cuya información, reunida con la que otros suministran, habrá de incrementar el acervo documental y completar otro tipo de fuentes de igual importancia, obtenidas de diferentes formas, a saber: diarios personales, artículos periodísticos, noticias cotidianas, correspondencia, etcétera.

Acaso debido a una profunda necesidad de pertenecer, de enraizar la existencia en un contexto natural propio, el hombre y la mujer, a través de la historia, han sido portadores de una suerte de memoria colectiva del acontecer cultural. Así el recuerdo y así los llamados relatos de vida adquieren una especial significación a los ojos del investigador en su intento por comprender y analizar el devenir histórico.

Si bien la historia se define sobre modelos de escritura, los hechos que la motivan pueden ser aprehendidos de muy diversas formas, entendidos como una constante de la presencia humana en los acontecimientos históricos igual que los procesos cotidianos.

Por lo demás, la historia oral, al afanarse en rescatar cuanto no ha sido ya capturado en un libro, en un epistolario o en una hemerografía, pretende salvar del olvido o de la negligencia otras posibilidades de información que vienen a enriquecer – mas no a sustituir- el material escrito existente.

El testimonio individual es por definición subjetivo. No escapa a nuestra atención que, por serio, resulta asimismo parcial –en ocasiones hasta partidista- y voluble. Ello obliga de antemano a usarlo con cautela: el olvido voluntario o involuntario y la muy difícil reconstrucción de ciertos hechos pasados constituyen inconvenientes y el testimonio ha de considerarse con discreción y prudencia. Ahora bien, aunque esta fuente adolece de defectos orientados por visiones unilaterales que distorsionan los hechos y los adaptan a las necesidades y deseos de los informantes – de manera consciente o no-, amplía, igualmente, el marco de referencia del historiador, le ofrece otras perspectivas y posibilidades a su labor analítica.

Cualesquiera que sean las experiencias en el proceso de rescatar del olvido o de la indiferencia un cúmulo enorme de testimonios directos, profundamente emotivos y parciales en ocasiones, ellas infunden al historiador la sutil y magnífica conciencia de estar confrontando la historia viva, de tal suerte que, a través de la entrevista, se percibe el intento de “entrevistar a la historia”, de conocerla por la vía de un conjunto de versiones, imágenes, anécdotas y episodios que, entrelazados, configuran una valiosísima y quizá ya insustituible fuente complementaria de las historias del siglo XX.

Hay en toda entrevista de historia oral una suerte de “confesión”, una especie de entrega; por ello quizá la información salta del relato biográfico ordenado a la anécdota o la explicación circunstancial. En ocasiones la narrativa parece buscar una pausa y detenerse en el tiempo, suspenderse para permitir la recreación del pasado en todos sus detalles. Es más, parecería como si los testimoniados experimentaran una apremiante necesidad de relatar minuciosamente vida y milagros pasados porque, al fin, alguien quiere escucharlos, alguien de alguna forma les dice que bien vale la pena oír esa vida que narran.

Luego empieza la tarea de *leer* la historia oral, porque es cierto que los historiadores no somos plenamente conscientes de nuestro propio discurso. Superar tal hecho contribuirá al cambio y a la reconfiguración del quehacer historiográfico.

HISTORIA EN LIBERTAD

Seña característica de este fin de milenio es la preocupación respecto a la historia y la memoria, íntimamente vinculadas a cuestiones de identidad, nacionalidad, género, raza, condición social, etc. Pero de lo que se trata sin duda es de negar el principio homogenizador y demoleedor del “fin de la historia” y mejor, como ha advertido Jacques Derrida, tener cuidado, porque quizá no somos testigos del fin de la historia sino de los funerales de las reverenciadas nociones tradicionales de la historicidad. La historia se ha convertido en un campo de batalla de posiciones, de rivalidad y competencia. Al referimos al postmodernismo, el pasado surge como un centro de diversiones, con atractivos turísticos, espectáculos y nostalgia. En el neoliberalismo, tanto como en el fascismo, los sucesos familiares y las imágenes del pasado se invocan como punto de reunión y fuerza de cohesión y consenso en beneficio de solidaridades nacionales.

No olvidemos que, de hecho, también los teóricos del postcolonialismo apelaron a la memoria con el fin de beneficiar a las clases subalternas y usarla como arma en contra de formas reduccionistas de la identidad política.

Y aunque es posible identificar los diversos intereses que subyacen a los conflictos contemporáneos sobre la naturaleza y el papel de la historización, lo que queda dato es la pérdida de una noción confiable y comúnmente aceptada de la historia como elaboración ordenada, prepositiva y progresivamente uniforme.

Reconozcamos que no hay archivistas, historiadores ni historias inocentes, como tampoco lectores puros e inocuos, y, por ende, que no somos ajenos a la realidad que nos rodea. En consecuencia, la desconfianza respecto a planteamientos teóricos derivará de inmediato en una posición crítica y personal en la *praxis*. A partir de ello se desarrollará una historia en libertad, cuya función interpretativa debe estar permanentemente sujeta a la experimentación y la recreación.

Es verdad que los tiempos han cambiado. Con vistas al nuevo siglo, la historia, como casi todas las ciencias sociales, toma rumbos diversos, desde perspectivas diferentes, sino nuevas. Los anquilosados argumentos de historias de bronce, de historias oficialistas y oficiosas empiezan a desdibujarse. Se perciben giros renovadores en los que todos hemos tenido que ver. Ante una historia englobadora, preferimos historias parciales, regionales, microhistorias. Ante una versión histórica absolutista, nos pronunciamos por las historias que recuperan en verdad lo plural y lo singular de cada pueblo.

Por ello, las oposiciones y las rebeldías, el cimarronaje en la historia, dan cuenta de los combates que queremos legar a las generaciones futuras: un legado que exprese historias plurales, polifónicas, que recuperen lo social, que reedifiquen, a fin de cuentas, el sueño último del historiador: el de la aventura permanente de construir, día a día, la nueva historia. De otra suerte veríamos destrozados nuestros sueños de transformación y, como advierte Lampedusa en *Il Gattopardo*, simularíamos que todo cambia para que todo siga igual.